
BREVE REFLEXIÓN PERSONAL SOBRE SEGURIDAD Y DESARROLLO, A MODO DE INTRODUCCIÓN

JOAQUÍN TASSO VILALLONGA*

Ahmed regenta, con sus cinco hijos, una pequeña tienda de especias en la vieja medina de Saná, un lugar fascinante, declarado “Patrimonio de la Humanidad” por la UNESCO hace ya casi 25 años. El inmenso zoco se extiende por un laberinto de calles angostas, bordeadas por auténticos rascacielos de abobe (¡de hasta 10 plantas de altura!) con sus características fachadas ocre, frisos y ventanas de estuco blanco, enmarcando vidrios multicolores. Desde la llamada Puerta del Yemen, que da acceso a la vieja medina a través de una imponente muralla, hasta más allá de la Gran Mezquita del siglo VII (dicen que la tercera más antigua del Islam), centenares de tenderos, artesanos y gentes de oficios se distribuyen ordenadamente en zonas bien delimitadas según el gremio al que pertenecen: latoneros, plateros, carpinteros, herreros, joyeros, comerciantes de paños y telas, tratantes en especias, vendedores de dátiles... La calle es un ir y venir incesante de hombres, con la tradicional *yambiya* (puñal curvo) sujeta al vientre; de mujeres anónimas, desplazándose rápida y silenciosamente enfundadas en el rígoroso *niqab* negro que las cubre de pies a cabeza (excepto por una pequeña rendija en la tela a la altura de los ojos que les permite mirar al suelo para no tropezar); y de niños descalzos correteando a su alrededor.

Como siempre, Ahmed me recibe afectuosamente y antes de que le pida nada me ofrece lo que sabe vengo a buscar: mirra negra de Omán y cristales de resina de incienso, preferentemente de Adén o de la mítica isla de Socotora; dos productos que los yemeníes exportan desde hace cerca de 5.000 años y que convirtieron el país en la *Arabia Felix* de los tiempos de la Reina de Saba. También suelo comprarle unas semillas de cardamomo (curiosamente, guatemalteco)

* Jefe de Equipo de Respuesta a Crisis y Punto Focal sobre Reforma del Sector de Seguridad en la Dirección General de Relaciones Exteriores de la Comisión Europea, Bruselas. Las opiniones vertidas por el autor son exclusivamente personales y no representan necesariamente las de la institución en que trabaja.

y a veces clavo, nuez moscada o canela. Y por supuesto, también me llevo pistachos iraníes, pasta de albaricoques secos de Siria o cualquier otro fruto seco que sé me va a regalar. Pero antes de pagar y como ya viene siendo también costumbre, me invita a sentarme con él en el *mafraj* de la trastienda, sobre una gruesa y desgastada alfombra persa, rodeada de cómodos almohadones bordados. Como sé que al té le pone demasiada azúcar, le pido café “yemení” cuando me pregunta qué deseo beber (paradójicamente, en el país originario de la *coffea arabica*, el café no se hace con el grano de la planta, sino con su cáscara, lo que resulta en una bebida clara e insípida). También me ofrece unas hojas frescas de *qat* para mascar, que acepto más por cortesía que por gusto. Y es entonces cuando me cuenta, después de los obligados e interminables intercambios dialécticos acerca de la salud de nuestras respectivas familias, respondidos por igual número de *alhamdulillah!*, que el negocio no va bien, ni tampoco los de sus hermanos en el mismo zoco, sobre todo “desde que se fueron los turistas”.

Fue en ese momento cuando caí en la cuenta de que, efectivamente, en las casi dos horas que llevaba paseando por la vieja medina no me había cruzado con ningún turista, algo que sin embargo debería haber llamado mi atención de inmediato, pues en mis (numerosas) visitas anteriores siempre había gran cantidad de guiris comprando en el zoco o simplemente dando una vuelta, en ocasiones en mayor número que los propios sananíes. Una serie de atentados terroristas contra turistas occidentales y asiáticos, incluyendo uno en el que fueron asesinados un grupo de siete españoles, así como un incremento en el número de secuestros, llevaron a numerosos países a desaconsejar formalmente los viajes a Yemen y a que muchas agencias de viaje europeas, americanas y asiáticas eliminaran este país de su lista de destinos turísticos.

La inseguridad en Yemen no sólo se debe al incremento del terrorismo islámico, sino también a una intermitente guerra civil en el norte del país, que es ya el segundo conflicto más sangriento de Oriente Próximo (sólo por detrás de la guerra de Irak) con más víctimas mortales que la ocupación israelí de Palestina, y una nueva ola de violencia separatista en el sur del país, que desde la reunificación del país en 1990 se siente discriminado por las autoridades de Saná. A todo ello se suma la tradicional violencia inter-tribal, que en ocasiones se manifiesta también contra el gobierno.

La repentina pérdida de los ingresos por turismo, en un país muy pobre, pero con un gran potencial turístico y que apostaba por esta nueva industria, es sólo una de las muchas consecuencias nefastas que la creciente inseguridad en Yemen está teniendo para su economía y su desarrollo, ya de por sí un desafío de primer orden, dada la cantidad y envergadura de los numerosos problemas

a los que se enfrenta: pobreza extrema, analfabetismo, exclusión de la mujer, crecimiento exponencial de la población, escasez de agua, caída de ingresos públicos por el agotamiento de las reservas de petróleo, aumento constante del flujo de inmigrantes (sobre todo refugiados Somalíes) desde el Cuerno de África, piratería en el Golfo de Adén, radicalización religiosa, desertización...

Esta difícil situación, combinada con una administración corrupta y un gobierno incapaz de llevar a cabo las drásticas reformas que sabe son necesarias, convierten a Yemen en un país de los que la OCDE define como “frágiles”, con el riesgo evidente de convertirse en un estado fallido, o de “somalizarse” si se prefiere.

El impacto de la violencia sobre la inversión es también notorio. Los frecuentes sabotajes de infraestructuras críticas (oleoductos, gasoductos, líneas eléctricas...) dificultan la producción. Las numerosas medidas de seguridad que las empresas extranjeras deben tomar para proteger a su personal, sus equipamientos e instalaciones, así como las altas primas que se ven obligadas a pagar a las aseguradoras por trabajar en un país considerado “de alto riesgo”, encarecen enormemente los costes de explotación. No es, pues, de extrañar que empresas extranjeras opten por trasladar sus inversiones a otros países o abandonen proyectos de inversión en Yemen antes incluso de haberlos realizado. Es sabido que los ricos vecinos árabes del Golfo han suspendido (faraónicos) proyectos de inversión en Yemen dada la inseguridad existente.

Algo parecido ocurre en el caso de los intercambios comerciales. El tráfico del puerto de Adén, por ejemplo, está muy por debajo de su potencial debido a los constantes ataques de los piratas somalíes sobre las principales rutas marítimas a las que sirve. Los innumerables controles militares en las carreteras del país, así como las restricciones de acceso a determinadas áreas, especialmente en el norte del país, a causa del conflicto representan nuevas barreras para el ya de por sí limitado comercio. Estas mismas restricciones de acceso impuestas por motivos de seguridad también dificultan, más si cabe, la prestación de servicios básicos a la población (sanidad, educación, etc.) en las áreas afectadas, generalmente rurales, remotas y de difícil acceso, y por lo tanto también las tradicionalmente menos atendidas por el gobierno.

La creciente violencia en Yemen también se ha traducido en un aumento del gasto público en seguridad, a pesar de la disminución constante de recursos financieros desde que empezó a declinar la producción de petróleo. El mayor gasto en defensa y seguridad se produce en obvio detrimento de las políticas sociales, absolutamente necesarias en el único país árabe que se encuentra entre los menos avanzados del mundo, según establece la UNCTAD.

Incluso la cooperación internacional, esencial para gran parte de la población, sobre todo para la más vulnerable, se ha visto gravemente perturbada por la inseguridad. A las organizaciones de ayuda humanitaria, por ejemplo, el gobierno les ha prohibido a menudo el acceso a determinadas zonas afectadas por el conflicto en el norte, alegando riesgo para su seguridad. Varias ONG internacionales han debido suspender sus operaciones en el país, especialmente tras el ultimátum lanzado por grupos radicales islámicos para que los “infieles” occidentales abandonasen la península arábiga. Los persistentes atentados contra misiones diplomáticas occidentales, especialmente durante los tres últimos años, han obligado a las agencias oficiales de cooperación internacional y de las Naciones Unidas a reducir su personal en Yemen y a imponerles estrictas restricciones de movimiento.

Como puede verse, el impacto combinado de la desaparición del turismo, la caída de la inversión, los obstáculos al comercio y a la prestación de servicios básicos a la población, el creciente gasto público en seguridad (en lugar de en políticas sociales) y las dificultades para la cooperación internacional, sobre el empleo, la economía y la sociedad yemení es enorme; hasta tal punto que hace sencillamente imposible su desarrollo.

Creo que Yemen ejemplifica perfectamente (muy a su pesar) el llamado “vínculo entre seguridad y desarrollo”, es decir, la constatación de que no puede haber desarrollo sin seguridad y, viceversa, que sin desarrollo sostenible no puede haber seguridad a largo plazo. No quiero ni mucho menos sugerir con esto que la pobreza y la exclusión social expliquen por sí misma la inseguridad, pero estoy convencido de que el desarrollo del país habría mitigado la violencia. Tampoco la mera seguridad basta para promover el desarrollo, pero ciertamente es un factor necesario.

Recuerdo que cuando me despedí de Ahmed estaba preocupado, sobre todo por sus hijos: “¿qué futuro les espera?”, me dijo.